



XI

El principio de la violencia y la cuestión negra

Os agradezco mucho el haberme enviado la biografía de Garrison.

Al leerla, he vivido de nuevo la primavera de mi resurrección á la verdadera vida. Recorriendo los artículos y los discursos de Garrison, he recordado con viveza la alegría moral que sentí hace veinticinco años; cuando conocí la ley de la no resistencia al mal por la violencia, idea á la cual fui inevitablemente conducido una vez que comprendí toda la importancia del cristianismo. Esta ley me reveló el supremo ideal de la realización de la vida cristiana. Ya entre los años 1840 y 1850, era no sólo reconocida y proclamada por Garrison, y constituía para él la base de su actividad práctica para la emancipación de los esclavos.

En un principio mi alegría se mezcló con el asombro: ¿cómo era gran verdad evangélica explicada hace más de cincuenta años por Garri-

son, puede haberse borrado hasta el punto de que yo la dé como algo completamente nuevo? Mi asombro creció sobre todo por el hecho de que no solamente las gentes opuestas al progreso de la humanidad, sino que los más avanzados, los mismos progresistas, se hayan mostrado completamente indiferentes ó hasta hostiles á la propagación de esta ley, que es el fundamento de todo progreso verdadero.

Cuanto más tiempo ha pasado, más me doy cuenta de esta indiferencia general y de la hostilidad que se mostraba entonces y se muestra ahora, principalmente entre los hombres políticos; he visto con claridad que esta indiferencia hacia la ley de la no resistencia, no es más que un signo de su grande importancia.

«Nuestra divisa—escribió Garrison en medio de su actividad—desde el comieuzo de la lucha moral fué: *Nuestra patria es el mundo; nuestros compatriotas, toda la humanidad*. Pienso que esto será el epitafio que se grave sobre nuestra tumba. La aplicación de la otra divisa que hemos elegido: *La emancipación general*, ha estado hasta aquí limitada á esos hombres reunidos en el territorio del Sur por los propietarios de esclavos como un valor venal, como una mercancía, como un ganado, como un medio de explotación, y desde que practicamos nuestra empresa en el más amplio sentido, emancipar toda nuestra raza de la dominación del hombre, de la mancha, de sí mismo, del poder de la fuerza bru-

tal, de la esclavitud del pecado, y someter á los hombres al sólo poder de Dios, comprobado por nuestra propia conciencia y el predominio de la ley del amor.»

Garrison, como hombre iluminado por el cristianismo, comenzó por un fin práctico: la lucha contra la esclavitud; comprendió en seguida que la causa de la esclavitud no estaba en el hecho de que los propietarios del Sur, tuviesen en su poder, por casualidad, temporalmente, algunos millones de negros, y si en el reconocimiento, antiguo y general, contrario á la doctrina cristiana, del derecho de violencia de los unos por los otros. El pretexto del reconocimiento de esta ley, fué siempre que los hombres creyesen posible destruir ó disminuir el mal por la fuerza bruta, es decir, por el mal mismo. Y cuando hubo comprendido esto, Garrison hizo valer, para combatir la esclavitud, no los sufrimientos de los esclavos, no la crueldad de los propietarios, no la igualdad civil de los hombres, y si la ley eterna y cristiana de la no resistencia al mal por la violencia. Garrison comprendió lo que no comprendieron los campeones más avanzados de la campaña antiesclavista; que el único pretexto indirecto contra la esclavitud, era la negación del derecho de libertad de ciertos hombres cualquiera que fuese su condición. Los abolicionistas trataron de probar que la esclavitud es ilegal, desventajosa, cruel, que deprecaba á los hombres, etc. Pero, á su vez, los partidarios de

la esclavitud probaron la inoportunidad, los peligros y las consecuencias nefastas que podrían resultar de la emancipación.

Ni unos ni otros pudieron convencerse mutuamente. Garrison comprendía que la esclavitud de los negros no era más que una de las particularidades de la violencia general; y proclamó este principio general que nadie podía negar. Ningún hombre, bajo ningún pretexto, tiene derecho á dominar, es decir, á emplear la violencia contra sus semejantes.

Garrison no sólo insistió en el derecho de los esclavos tiene á ser libres, sino, que sobre todo, negó el derecho de cualquier individuo ó de la sociedad á forzar á un hombre por la violencia á hacer cualquier cosa. Para luchar contra la esclavitud, omitió el principio de la lucha contra el mal del mundo.

Este principio proclamado por Garrison, era irrefutable, pero atentaba, destruía hasta todo equilibrio del orden establecido; por esto los hombres que estimaban su situación en el orden existente, se espantaron de esta proclamación y sobre todo de la aplicación de este principio de la vida. También trataron de hacer callar á Garrison y de hacerle desistir de su objeto.

Esperaban conseguir su objeto sin llegar á la proclamación y sin aplicar á la vida el principio de la no resistencia al mal por la violencia, que les parecía destruía el buen orden de la vida humana. El resultado de la negativa á reconocer

la ilegalidad de la violencia fué esa guerra fratricida que, resolviendo la cuestión de un modo exterior, ha introducido en la vida del pueblo americano un mal tal vez mayor; la depravación que acompaña á toda guerra.

Y lo esencial de la cuestión ha quedado sin solucionarse. Y hasta la cuestión misma, pero bajo otra forma, se suscita ahora por el pueblo de los Estados Unidos.

Antes la cuestión era esta: ¿Cómo librar á los negros de la violencia de los propietarios de esclavos? Ahora es: ¿Cómo librar á los negros de la violencia de todos los blancos y á los blancos de la violencia de todos los negros?

Y la solución de esta cuestión, en su nueva forma, se resolverá, no por el linchamiento de los negros, no por las medidas artificiales y liberales que toman los políticos americanos, sino solamente por la aplicación en la vida del mismo principio que proclamaba Garrison, hace cincuenta años.

Estos días, en una de las revistas más avanzadas, he leído esta opinión de un escritor instruido é inteligente, opinión expuesta con plena confianza de su justicia; que el reconocimiento del principio de la no resistencia al mal por la violencia, es un error triste y un poco cómico, que se puede pasar en silencio teniendo en cuenta mi edad y mi algunos méritos.

Yo he referido la misma opinión sobre este asunto en mi entrevista con un americano, de

ideas avanzadas é inteligencia extraordinaria, Bryan. También él, con la evidente intención de mostrarme con dulzura y cortesía mi error, me pregunto cómo explicó mi extraña proposición, de la no resistencia, y como siempre sucede cito el caso de un vagabundo que mata ó viola á un niño, caso que á todo el mundo le parece irrefutable.

Le respondí que admitía la no existencia, porque, habiendo vivido setenta y cinco años, no he encontrado una sola vez, excepto en el razonamiento, el bandido fantástico que tenga intención de matar ó violar el niño ante mis ojos, pero que he visto siempre y aún veo, no uno solo sino millones de bandidos que violan á los niños, á las mujeres, á los adultos, á los viejos y á todos los trabajadores en nombre del derecho, que dicen haber adquirido de la violencia sobre sus semejantes.

Cuando le respondí ésto, mi amable interlocutor, con la rapidez de comprensión que le es propia, sin dejarme concluir reconoció mi argumento como satisfactorio.

Nadie ha visto al hipotético bandido mientras que el mundo que sufre la violencia le tiene ante sus ojos. Y sin embargo, nadie ve, ni quiere ver el hecho que la lucha que puede librar á la humanidad de la violencia, no es la lucha contra el bandido imaginario, y sí contra los bandidos reales que violan á las personas.

La no resistencia sólo significa las relaciones

naturales de los seres inteligentes deben consistir no en la violencia, que nadie puede admitir más que los organismos inferiores, no teniendo razón, y sí en la persuasión razonable, y que todos los hombres que deseen ser útiles á la humanidad deben aspirar á sustituir la violencia por la persuasión razonable.

Durante el curso del último siglo se han matado catorce millones de hombres, y ahora se derrocha el trabajo y las vidas de millones de hombres en las guerras completamente inútiles: toda la tierra está en manos de los que no trabajan, todas las mentiras dominan en el mundo y parece que nada de esto existe, porque se ha admitido la violencia para suprimir lo que algunos creen que es el mal; por esto es necesario reemplazar la violencia por la persuasión.

Y para que esto sea posible es preciso de antemano renunciar al derecho á la violencia.

Pero, cosa asombrosa, los hombres más avanzados de nuestro mundo creen que es peligroso negar los derechos á la violencia y tratar de reemplazarles por la persuasión. Los hombres han decidido que es imposible convencer á un bandido por la persuasión de que no mate á un niño, no creen posible persuadir á los obreros que no les arrabatan la tierra y los frutos de sus trabajos, los que no trabajan, y por ésto creen necesario emplear la violencia contra los obreros.

He aquí, triste es decirlo, la única explicación de la incomprensión del principio de la no

resistencia consiste en esto: que las condiciones de la vida humana están desfiguradas hasta tal punto que los que razonan el principio de la no resistencia piensan que su aplicación á la vida la sustitución de la violencia por la persuasión, destruiría la posibilidad de la organización de la sociedad y de las comodidades de la vida que disfrutan.

Pero no hay que temer en el cambio, el principio de la no resistencia no es el principio de la violencia, y sí, el de la concordia y el amor, así es que nada puede obligar á los hombres.

El principio de la no resistencia, la sustitución de la fuerza brutal por la persuasión no puede aceptarse más que libremente. Y el verdadero progreso de la vida humana, se realizará únicamente á medida que este principio le acepten los hombres aplicándole á su vida.

Que los hombres lo quieran ó no, sólo es en nombre de este principio como pueden librarse de la servidumbre y de la mútua opresión.

Que los hombres lo quieran ó no, sólo es este principio la base de todos los verdaderos progresos realizados en la vida humana.

Los hombres piensan que la aplicación del principio de la no resistencia á la vida, en toda su plenitud, destruiría de golpe todo arreglo de esta vida que ha costado tan cara y que se estableció á costa de tantos esfuerzos. Pero los hombres olvidan que el principio de la no resistencia, no es el principio de la violencia, que es

el de la concordia y el amor, y por esto no puede imponerse á los hombres. Este principio no puede aceptarse más que libremente. Y no es más que aceptado libremente por los hombres y aplicado libremente en la vida, como asegura el verdadero progreso de la vida de los hombres.

Garrison, fué el primero en proclamar este principio como regla de la organización de la vida social. Y en esto estriba su gran mérito. Si no logró la emancipación pacífica de los esclavos en América, ha mostrado como todos los hombres en general pueden librarse del poder de la fuerza bruta.

Por esto será Garrison siempre uno de los más grandes obreros del verdadero progreso humano.

Pienso que la publicación de esta biografía será útil á muchos.

Yasnaia Poliana Enero 1904

— FIN —